



Neolítico (≈10.000 - 3.000 a.C.) – Los Primeros Curtidores • El hombre empieza a usar pieles de animales para vestirse y protegerse del frío. • Descubrimiento accidental de métodos primitivos de conservación: secado al sol, ahumado y curado con grasa animal. • Uso de huesos y piedras para raspar el cuero.

Érase una vez... El Cuero

Capítulo 1: Los Primeros Curtidores

(Neolítico, ≈10.000 - 3.000 a.C.)

Hace mucho, mucho tiempo, antes de que los hombres pudieran imaginar el mundo tal como lo conocemos hoy, las tribus vivían en armonía con la naturaleza. Cazadores y recolectores, se desplazaban por vastos paisajes cubiertos de bosques y montañas. Y aunque no sabían cómo llamarlo, su supervivencia dependía de su relación con la tierra, con los animales que cazaban, y con los elementos naturales que los rodeaban.

En una pequeña aldea, junto a un gran río que parecía susurrar secretos a la luna, vivía un joven llamado Kael. Su aldea era simple, pero su gente era sabia. Cazadores habilidosos, pescadores y recolectores, todos conocían los secretos del bosque. Kael no era el más fuerte, ni el más rápido, pero poseía algo que muchos deseaban: una gran curiosidad.

Cada vez que su gente cazaba un animal, no solo se alimentaban de su carne, sino que aprovechaban cada parte de su cuerpo. La piel, que antes se desechara, pronto se

convirtió en un bien valioso. Con el tiempo, los miembros de la tribu aprendieron que esa piel podía ofrecerles protección contra el frío. Pero las primeras pieles eran duras, rígidas, casi imposibles de trabajar. No comprendían por qué la piel se endurecía cuando la usaban, y muchos se resignaban a usarla solo como mantas o refugios.

Un día, mientras Kael caminaba por la orilla del río, vio algo extraño: un ciervo muerto flotaba en el agua, y su piel se mantenía intacta, arrastrada por la corriente. Intrigado, Kael se acercó y observó cómo la piel brillaba bajo el sol, tan suave y flexible como una prenda de vestir. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué la piel del ciervo se veía diferente a las que había visto antes?

Siguiendo su instinto, Kael decidió llevarse la piel a su aldea, donde la colgó sobre una roca plana para secarla al sol. Día tras día, la piel seguía allí, tomando una textura más suave, sin perder su forma. Pensó que tal vez el sol tenía algo que ver con la transformación.

Pero Kael no se detuvo allí. Recordó que los viejos sabían mucho de los animales y cómo, cuando cazaban, los cuerpos no se descomponían de inmediato. La grasa de los animales, la misma que usaban para cocinar y dar calor al fuego, parecía estar relacionada con la preservación de la carne. Decidió experimentar. Sacó algo de grasa de un venado que había cazado esa misma semana y frotó la piel con ella. Unos días después, la piel se volvió aún más flexible y suave al tacto.

Sin saberlo, Kael había descubierto uno de los métodos primitivos de conservación de las pieles. Había transformado algo rígido e inservible en un material que ahora podía usar para vestirse y mantenerse abrigado en las frías noches del desierto.

Con el paso del tiempo, Kael comenzó a enseñar a los demás en su aldea cómo tratar las pieles. Las enseñanzas de su abuelo, que hablaban del respeto a la vida y el ciclo de la naturaleza, cobraban un nuevo significado cuando Kael explicaba cómo una piel podía cambiar bajo las manos humanas si se trataba con respeto y paciencia.

Para trabajar las pieles, Kael también descubrió cómo usar huesos y piedras. Primero, talló huesos de ciervo en herramientas rudimentarias, y luego los usó para raspar las pieles, quitando el exceso de carne y grasa que quedaba adherido. Cuando no había huesos disponibles, utilizaba piedras afiladas para hacer lo mismo. El trabajo era arduo, pero Kael se sentía satisfecho al ver cómo la piel cambiaba bajo sus manos.

Un día, Kael decidió aventurarse más allá de la aldea para explorar las colinas cercanas. Mientras caminaba, encontró huellas de animales desconocidos, grandes y poderosos, que nunca antes había visto. Con una mezcla de emoción y temor, Kael siguió las huellas, hasta que llegó a un claro donde un lobo joven descansaba cerca de un arroyo. La criatura lo observó en silencio, sin mostrar signos de agresividad, y Kael, a pesar de su miedo, se acercó lentamente.

El lobo, consciente de la presencia humana, lo miró fijamente, como si estuviera evaluando si era digno de su confianza. Kael, que ya no sentía el mismo miedo que antes, sacó una de las pieles que había curado y se la mostró al lobo. Observó cómo el lobo tocaba la piel con sus patas y la olfateaba. El joven entendió que el animal, de alguna forma, reconocía la transformación de la piel en algo útil.

Con el tiempo, Kael regresó a su aldea, llevando consigo más pieles que había preparado y la lección del lobo en su corazón: la piel no solo servía como refugio, sino como un vínculo entre el hombre y los animales. Era un material que podía ser utilizado, pero que debía ser tratado con respeto. Si el hombre tomaba la vida de un animal, debía devolver algo en honor a esa vida. Así nacieron los primeros rituales de agradecimiento, y las pieles, que antes eran simples trozos de carne, pasaron a ser símbolo de la conexión profunda entre el ser humano y el mundo salvaje.



Erik el rojo